

Octava XLVIII.

Que de Sara olvidó luego la muerte.

(8) Qui introduxit eam in tabernaculo Sarae matris suae, et accepit eam uxorem: et in tantum dilexit eam, ut dolorem qui ex morte matris ejus acciderat, temperaret. (*Gen. cap. 24.*)

Octava LI.

Que al caprípede Númen entonára

(9) El dios Pan que era representado con los piés de cabra; los Arcadios le honraban con culto particular. Las fiestas lupercales eran unas fiestas consagradas en honor suyo.

Octava LIV.

El templo que á Lacinia es consagrado,

(10) Sobrenombre de Juno, tomado de un templo célebre que tenia en el promontorio de Lacinio en la Calabria.

LOS MARTIRES.

SUMARIO.

Descripcion de la Laconia.—Llegada de Demódoco á casa de Cirilo.—Instruccion de Cimodocea.—Astarte envía á Hierócles el Demonio de los zelos.—Cimodocea va á la Iglesia para ser desposada con Eudoro.—Ceremonias de la Iglesia primitiva.—Los soldados dispersan á los fieles por orden de Hierocles.—Eudoro salva á Cimodocea, y la defiende en el monumento de Leónidas.—Recibe orden de marchar á Roma.—Resuelven las dos familias enviar á Cimodocea á Jerusalem, para ponerla bajo la proteccion de la madre de Constantino.—Eudoro y Cimodocea se ponen en camino para embarcarse en Atenas.

CANTO X.

I.

La ara sacra Demódoco cerrando,
Con Cimódoce emprende su carrera.
De nuevo la Mesenia atravesando,
A la entrada del Hérmeo luego viera
La estatua de Mercurio; y penetrando
Del Taigetes la larga cordillera,
Sigue el carro un camino pedregoso
Por un desfiladero tortuoso.

II.

“Este es, dice Demódoco, el camino
“Que Licisco tomó con su hija cara,
“Cuando, huyendo, el oráculo previno
“Que la vida á Aristómenes costára (1).
“¡Qué de siglos pasaron! El destino
“A nuestro turno igual caso nos para.
“¡Quiera darme el gran Jove un signo fausto,
“Y el hado detener que temo infausto!”

III.

Estas palabras dijo: en el instante
Un fronti-calvo buitre raudo hiende
Sobre una mansa paloma; una brillante
Aguila va sobre él, y lo suspende.
En el cielo en su garra tan pujante:
El relámpago el aire en fuego enciende;
Parte el rayo, y por tierra cae herido
El vencedor, la víctima, el vencido.

IV.

Vanamente Demódoco temblando
Quiere hallar un arcano en este juego
Del acaso. La cumbre flanqueando
Del Hérmeo, hácia el Pilláne baja luego.
Las aguas del Eurotas saludando,
Ve la ara del Pudor que elevó el Griego
Donde, al seguir Penélope amorosa
A Ulises, se echó el velo ruborosa.

V.

Ya el monumento célebre ha pasado
De Diana Misia, bosque de Carnéo,
Sepulcro del corcel, y deja al lado
De las siete columnas el trofeo:
Rápido sube el monte coronado
Con un templo del hijo de Peleo,
Y en el valle penetra de Laconia,
Dando vista de allí á Lacedemonia.

VI.

La sierra del Taigetes blanqueda
De la nieve al poniente aparecía:
Otra cadena menos elevada,
Paralela al Taigetes se estendía,
Del rojo Menelayos terminada;
Varios montes de norte á medio día
Se corren por el valle en decremento,
Y en el último Esparta tiene asiento.

VII.

Desde Esparta hasta el mar una llanura
Se dilata, cubierta de oliveras,
De sicómoros, viñas y verduras,
Doradas mieses, húmedas praderas.
El Eurotas rodaba su onda pura
Por este valle ameno, y sus riberas
Los laureles y plátanos cubrían
Que los cisnes de Leda embellecían.

VIII.

El antiste de Homero no acababa
De admirar este cuadro tan brillante
Que la aurora naciente coloraba.
La patria de Licurgo ve delante.
Absorto el augural cetro agitaba,
Cuando el carro lijero y rutilante
Rodando por un vasto peristilo
Penetra en la morada de Cirilo.

IX.

La familia cristiana previniera
Su llegada á la casa del Prelado
Que ya todos los hechos conociera.
Para librar la jóven del malvado,
El Pontífice augusto resolviera,
Luego que en catequesis haya entrado,
A Eudoro en esponsales obligarla
Que el derecho le presten de ampararla.

X.

La misma tarde su instruccion empieza:
La jóven Profetisa le escuchaba
Con ingenuo candor y sencillez;
La caridad cristiana la encantaba;
De su moral admira la pureza.
El Espíritu Santo en ella obraba,
Como previno el corazon de Lida (2)
Cuando del grande Pablo era instruida.

XI.

Si el Dios de los cristianos la estremece
Su altura y magestad considerando,
Al manto de María se guarece,
Su proteccion y auxilio demandando.
Madre la llama, y su esperanza crece.
¡Qué gozo el alma le inundaba cuando
En voz baja á su solas repetia:
“Ave, de gracia llena, ave ó María.”

XII.

¡Y con cuánto placer luego esplicaba
A su padre, sentada en sus rodillas,
La leccion que al Pontífice escuchaba!
Las lágrimas bañaban sus mejillas.
Ya de los patriarcas le contaba
Las vidas y costumbres tan sencillas
El respto debido á los ancianos,
Y la sagrada ley de los cristianos.

XIII.

“¿Crees tú, preguntaba enternecida,
“Que ese Dios que me manda respetarte
“Por gozar en la tierra larga vida,
“No vale mas que Júpiter ó Marte
“Que de hablarme de tí ninguno cuida?”
La jóven catecúmena de este arte,
De un anciano instruida, á otro instruyera,
Siendo de nueva especie misionera.

XIV.

Mas en tanto el infierno que miraba
Huírsele esta vírgen que tenia
En su poder, de cólera bramaba.
A Astarte Satanás un cargo hacia.
“¿Qué estás aquí llorando, le clamaba,
“Angel flojo y cobardé? Tu apatía
“Provoca mi furor, viendo que en tanto
“Dejas triunfar al ángel de amor santo.”

XV.

“Calma la ira: Satán, Astarte esclama:
“Jamás me fué posible resistirme
“Contra el ángel que el santo amor inflama.
“Mas su misma victoria va á servirme
“Para vengarme de él: á mi hijo llama,
El ángel de los celos, que á seguirme
“Venga junto á Hierócles, y en su pecho
“Arda el amor, los celos, el despecho.”

XVI.

Esto dice, y Satan parte iracundo
Al fondo del abismo. Al otro lado
De un lago de betun y azufre inmundo,
De llamas pestilentes inflamado,
Se abre el calabozo mas profundo,
En donde entre cadenas aherrojado,
El monstruo mas horrible del infierno
Hace oír su alarido y llanto eterno.

XVII.

Las víboras y sierpes son su lecho;
Jamás el sueño se acercó á sus ojos.
La inquietud, la venganza, cruel despecho,
De un amor violento los enojos
Agitan sus miradas; en acecho
Tiene siempre su oído á los cerrojos,
Rumores misteriosos oír creyendo,
O en las sombras vagar fantasma horrendo.

XVIII.

Para apagar su sed y sus ardores
Bebe en copa de bronce acre bebida
De lágrimas compuesta y de sudores.
Su boca ensangrentada y denegrida
Solo respira muertes y furores;
Y olvidando que tiene inmortal vida,
A falta de otra víctima, inhumano
En su pecho el puñal se clava insano.

XIX.

Satán baja á este monstruo, y detenido
Al umbral de la lóbrega caverna:
“Angel fuerte, le dice, bien sabido
Te fué siempre mi amor y bondad tierna,
“Llevándote á mi lado cuando erguido
“Me lancé á combatir la hueste eterna:
“La sazón es llegada de que pruebes
“La gratitud y aprecio que me debes.

XX.

“Preciso es encender la llama ardiente
“Que otro tiempo en Herodes inflamáras.
“La Cruz osa insultarme abiertamente,
“Y usurpa mis honores y mis aras.
“La dejaré que triunfe impúnemente?
“¿Mis pérdidas y ruinas no probáras?
“La obra es digna de tí: ven, hijo afecto,
“Ayuda á tu Monarca en su proyecto.”

XXI.

El ángel de los celos retirando
De su boca la taza emponzoñada,
Y sus labios impuros enjugando
Con la sierpe y la víbora enroscada:
“O Satán! le responde suspirando,
“¿El dolor no abatió tu frente osada?
“¿Aun quieres que me esponga al rayo eterno
“Que me ha precipitado en el infierno?”

XXII

“¿Qué quieres con la Cruz? ¿Esa orgullosa
“Cabeza una muger no ha conculcado?
“Anda, que para mí ya es enojosa
“La luz del cielo desde que arrojado
“Fuí por tu culpa á esta mansion odiosa.
“Anda tú, si no estás desengañado,
“A recobrar, si puedes, tus altares,
“Y déjame en paz aquí con mis pesares.”

XXIII.

Dice, y con una mano arranca airado
Las sierpes que destroza con su boca.
De cólera Satán arrebatado:
“Angel débil! ¿Hablar así te toca
“Delante de tu rey? ¿Tu seno ha dado
“Cabida á la pasion que el genio apoca?
“Dirige en torno tuyo tus miradas,
“Mira aquí para siempre tus moradas.

XXIV.

“A mal sin fin opon eterno encono,
“Desecha esos inútiles temores;
“Ven conmigo, y verás como destrono
“Al ángel de los tímidos amores,
“Y en la tierra otra vez alzo tu trono.
“Mas no esperes que mi ira y mis furores
“Te hagan cumplir por fuerza y de mal grado
“Lo que haber de tu zelo he confiado.”

XXV.

A esta nueva esperanza el monstruo horrible
Se deja seducir. Satán contento
Le monta en su carroza, é invisible
La region atraviesa del tormento,
Instruyéndole al paso del terrible
Proyecto que medita; en un momento
Llega así á descubrir nuestro horizonte,
Y descende en el valle del Ladonte.

XXVI.

De su fatal amor preocupado
Hierócles se agitaba en este instante
Con ensueño penoso. El Genio osado
Toma luego la forma semejante
De un Augur viejo, amigo del malvado;
Figurando la arruga del semblante
Voz bronca, gesto adusto, calva frente,
Y el pálido color del penitente.

XXVII.

Y acercándose al lecho del tirano
Como un sueño funesto: “Así reposa
“El sabio mientras triunfa el vil cristiano!
“Cimódoce bien pronto será esposa
“Del hijo de Lastén. ¡Despierta, insano!
“Corre á Esparta; tu presa cobrar osa;
“Quíta'la á tu enemigo, ni te asombre
“Quien de cristiano lleva el bajo nombre.”

XXVIII.

Estas fieras palabras acabando,
De su disfraz el monstruo se despoja,
Y su horrible figura recobrando,
Al Pretor en los brazos se le arroja,
Sangre impura en su seno destilando.
A su peso el impío se acongoja,
Da vueltas, se debate estremecido,
Y despierta arrojando un alarido.

XXIX.

Así el hombre que en vida fué enterrado,
Del fondo del sepulcro un grito lanza
Al salir del letargo acongojado.
Cuantos venenos há, cuanta venganza
Encierra el monstruo, en su alma ha decramado.
Salta del lecho, y quiere sin tardanza
Que á prender los cristianos se proceda,
Porque á su ira ninguno escapar pueda.

XXX.

Un delator de Esparta viene luego,
Y los hechos confirma que soñára.
De zelos y de rabia el Pretor ciego:
“¡La sangre corra á rios! exclamára:
“Cuando en los pechos arde voraz fuego,
“¿Qué sirve consultar víctima ni ara?
“Las súplicas y votos son en vano:
“¡Guerra al nombre fatal, muerte al cristiano.”

XXXI.

Eudoro, resignado á los divinos
Decretos, no tan próximos creía
De ruda tempestad los torbellinos.
En tanto con desvelo proseguía
En disponer su alma á los destinos
Que Pablo le anunciára en profecía,
Y á la vez merecer la esposa cara,
Que el cielo en su clemencia le prepara.

XXXII.

En tierra cuyo dueño se ha alejado,
Se ve estéril volver árbol frondoso
De una rica esperanza; ya pasado
Algun tiempo de ausencia, á su reposo
Da la vuelta el señor; apresurado
Va á ver su árbol querido, é industrioso
Lo riega, poda, limpia la maleza,
Y el árbol cobra su primer belleza.

XXXIII.

Así Eudoro á sus fuerzas reducido,
Desfalleció por falta de cultura;
Mas cuando á su heredad santa ha venido
El padre de familias, se apresura
A cuidar esta planta que ha querido,
Regándola con agua de amor pura,
Y el hijo de Lastén da la fragancia
De las virtudes que ofreció en su infancia.

XXXIV.

Cimódoce en su fé y amor constante,
Su instrucción con anhelo continuaba,
Y de Oyente pasára á Postulante. (3)
La fiesta de María se acercaba,
Epoca señalada en que la amante
Primera ver al templo ir esperaba,
Para ser iniciada en el bautismo,
Y desposarse á Eudoro al tiempo mismo.

XXXV.

La Iglesia Primitiva prefería
De la noche el silencio majestuoso
Para los ritos sacros. Todo el día
Lo pasó la doncella en el reposo,
La protección pidiendo de María,
Y anhelando el instante venturoso.
Hacia la tarde Séfora amorosa
Con sus hijas entró á vestir la esposa.

XXXVI.

Por deponer la vírgen principiára
Los signos de Vestal y Profetisa.
Sobre un altar doméstico dejára
Las franjas, cetro, velo y mas divisa.
Su lira en el altar patrio quedára.
No sin llanto la jóven Poetisa
Abandona estos sacros distintivos
Del culto del cantor de los Argivos.

XXXVII.

Luego una blanca túnica vistiera,
Símbolo de candor, y su alba frente
Con guirnalda de lirio embelleciera,
De la esposa cristiana antiguamente
Estas las perlas, este el collar era;
Mas un pudor angélico, inocente,
Ocupaba sus labios virginales
Encantos derramando celestiales.

XXXVIII.

A la segunda vela, entre brillante
 Cortejo de Levita, Diaconisa,
 Una antorcha en las manos ondulante,
 Para el templo salió la Profetisa.
 La multitud curiosa por delante
 La esperaba, y así que la divisa,
 En cánticos de gozo se derrama,
 El coro de paganos así elama:

XXXIX.

“Esta es la hija de Tíndaro divina, (4)
 “De flor del platanista coronada,
 “Que al tálamo de Ménalo camina.
 “¡Qué dulce, y qué amorosa es su mirada!
 “Licurgo no miró tan peregrina
 “A Venus de Minerva disfrazada.
 “A sus huellas Amor siembra el deseo;
 “¡Feliz mil años dure su himeneo!”

XL.

El coro fiel en tanto así decía:
 “Dejad pasar á esta segunda Eva,
 “Pura como el albor del claro dia.
 “¡Cómo en su fresco labio el pudor lleva!
 “¡Cómo reina en su frente la alegría!
 “Es la casta Susana, es Raquel nueva,
 “Es la segunda Ester...” Bello renombre,
 Que la á novia quedó luego por nombre,

LXI.

De este modo la pompa se encamina
 Al templo del Señor, edificado
 No lejos de Leché, en una colina,
 De la turba y del ruido separado.
 Diversas fuentes de agua cristalina
 Ornan el peristilo (5) dilatado,
 Donde antes de empezar sus oraciones
 Hacia todo fiel sus lustraciones.

LXII.

Atravesado este atrio, se llegaba
 A la puerta que un pórtico cubria,
 En donde el penitente (6) se humillaba
 A todo el que á adorar á Dios venia:
 A un lado el Baptisterio sacro estaba;
 En entrando la Férula se via:
 Aquí con el Oyente y el Postrado
 Oraba el Catecúmeno humillado.

LXIII.

Una verja de hierro dividia
 La nave que ocupaban solamente
 Los santos, y hasta el Absis se estendia.
 El altar se elevaba hacia el oriente,
 De oro puro, y brillante pedreria,
 Cubierto de una cúpula eminente.
 Detrás estaba el trono del Prelado,
 De sillas para el clero rodeado.